CAPITULO XVI

LA AEROPILA

Durante cierto intervalo, en tanto que cruzaba los corredores de las Altas Regiones con Lincoln, estuvo Graham preocupado. Pero, con un esfuerzo, atendía á las cosas que Lincoln le iba diciendo. Pronto se desvaneció su preocupación. Lincoln le estaba hablando del arte de volar. Graham tenía fuerte deseo de conocer algo más acerca de esta nueva conquista humana. Abrumó á Lincoln á preguntas. Había seguido con gran interés los primeros pasos de la navegación aérea cuando su vida anterior; le deleitaba volver á oir los conocidos nombres de Maxim y Pilcher, Langley y Chanute, y sobre todo, del proto-mártir aéreo, Lillienthal, todavía reverenciado por los hombres.

Ya durante la primera etapa de su vida dos líneas de investigación se habían señalado claramente á dos distintos tipos de concepto, y ambos habían sido realizados. De una parte el aeroplano, impulsado por maquinaria, una doble hilera de horizontales flotadores con una enorme hélice aérea detrás, y de la otra, las aeropilas, mucho más ligeras. Los aeroplanos flotan seguramente tan sólo cuando hay calma ó sopla un viento moderado, y una tempestad repentina, ocurrencia que ahora se señalaba con precisión matemática, los hacían inútiles para todo propósito práctico. Se construían de enorme tamaño; la usual extensión de las aspas alcanzaba seiscientos pies ó más, y la altura del aparato llegaba á mil pies. Lo empleaban únicamente para el transporte de pasajeros. La ligera cesta colgante medía de cien á ciento cincuenta pies de longitud. Estaba suspendida de manera que aminorase la complicada vibración que produjese aún el viento más moderado, y por la misma razón, los pequeños

asientos en el interior de la barquilla—los pasajeros permanecían sentados durante el trayecto,—llevaban suspensiones muy esmeradas. La subida al mecanismo era solamente posible desde un gigantesco vagón en la barandilla de un tablado de construcción especial. Graham había visto aquellos tablados volantes desde el Nido del Cuervo. Eran seis vastas áreas, con un gigantesco tablado en medio de cada una de ellas.

El descenso también estaba circunscripto, y para tomar tierra con seguridad era menester un espacio exactamente nivelado. Aparte de los destrozos que hubieran podido originarse por el descenso de aquella gran masa de velas y metal, y la imposibilidad de volver á remontarse de nuevo, el choque sobre una superficie irregular, una ladera arbolada, por ejemplo, ó una colina, hubiera producido roturas ó estropeado el aparato, poniendo quizá en peligro de muerte á los viajeros.

Graham, al principio, sintió gran decepción ante aquellos engorrosos mecanismos, pero muy pronto se dió cuenta de que máquinas más pequeñas hubieran sido improductivas, por la sencilla razón de que su poder de transporte disminuiría proporcionalmente á sus dimensiones. Y á mayor abundamiento, el gran tamaño de aquellas cosas las capacitaba—y esta era una consideración de la mayor importancia,—para atravesar el espacio con velocidades enormes, y así no estaban sujetas al riesgo de un imprevisto cambio de tiempo. La más breve jornada de Londres á París, duraba sobre tres cuartos de hora; pero la velocidad alcanzada no era la máxima; saltar á Nueva York ocupaba dos horas, poco más ó menos, y, teniendo cuidado de no perder tiempo en las estaciones intermedias, era posible, reinando calma, dar la vuelta al mundo en un sólo día.

Las aeropilas—así llamadas á boca llena sin ninguna razón particular,—eran de un tipo diametralmente opuesto. Muchos de aquellos aparatos iban y venían por el aire. Podían conducir tan solamente una ó dos personas, y su construcción y mantenimiento era lo bastante costoso para que fuesen el monopolio de la clase más rica del pueblo. Sus velas, brillantemente coloreadas, consis-

tían únicamente en dos pares de remos aéreos, uno á cada lado y en el mismo plano, con una hélice á popa. Su pequeño tamaño hacía posible el descenso en cualquier espacio abierto sin dificultad ni peligros, y permitían la adición de ruedas neumáticas, y hasta la aplicación de cualquier motor ordinario, para ser conducidos á lugares á propósito para la ascensión. Requerían una especie de ligeros vagones para poder lanzarse en el aire, pero semejante vagón holgaba en todo espacio libre de edificios y árboles. Los humanos navegantes aéreos, como observó Graham, estaban todavía muy por detrás del instintivo poder del albatros ó del papamoscas. Una gran influencia que hubiera podido impulsar á la aeropila á una mayor perfección había sido postergada; estos inventos nunca habían sido utilizados para la guerra. La última gran lucha internacional tuvo lugar bastante antes de la usurpación del Consejo.

Las estaciones volantes de Londres estaban reunidas en un irregular espacio de forma semicircular, á la parte Sur del río. Formaban tres grupos de dos cada uno y conservaban los nombres de antiguos suburbios ó pueblos. Así se llamaban Rochampton, Wimbledon Park Streatham, Norwood, Blakeat y Sovter's Hill. Afectaban una uniforme estructura, destacándose á gran altura sobre la superficie general de los tejados. Cada estación tenía sobre cuatro mil yardas de fondo por mil de anchura, construidas de la aleación de aluminio y hierro, que había substituído al hierro en la arquitectura. Su tercio más elevado formaba un espacio abierto de traviesas, entre las cuales pendían las luces y subían las escaleras. La superficie alta era un espacio uniforme en porciones—los tablados de salida,—que podían ser levantadas y conducidas por rieles de pequeña pendiente hasta el alero de los edificios. Salvo algunas aeropilas y varios aeroplanos á punto de partida, aquella superficie se conservaba despejada para los arribos.

Durante las maniobras preparatorias para el ascenso de los aeroplanos, los pasajeros pasaban el rato en teatros, cafés, salones-conciertos, salas de recreo y tolerancia de toda clase, que alternaban con las prósperas tiendas de

la planta baja. Esta porción de Londres, por lo tanto, era comúnmente la más animada de toda la ciudad, con algo del marítimo contento de los puertos de mar ó las poblaciones donde priva el juego. Y para aquellos que tenían más serio concepto de las excursiones aéreas, los distintos religiosos habían apostado allí una atractiva colonia de capillas piadosas, mientras un cúmulo de brillantes establecimientos médicos competían en la venta de preparaciones útiles para el viaje. En varios niveles, á través de la masa de cámaras corredores, debajo de aquéllos, corría, relacionado con los caminos movibles de la ciudad, que enlazaban allí, un complicado sistema de pasarelas especiales, elevadores y planos inclinados, para el conveniente servicio de las personas y equipajes, entre estación y estación. Y una condición característica de la arquitectura de esta sección era la solidez de los estribos y traviesas de metal, que se ofrecían en todos los puntos y cruzaban todos los corredores, enlazándose y surgiendo á través de los pisos hasta el techo, donde resistían el enorme peso de los aeroplanos.

Graham se dirigió á las estaciones por las vías públicas. Le acompañaba Asano, su asistente japonés. Lincoln había sido llamado por Ostrog, grandemente ocupado en las reformas administrativas. Una fuerte guardia de policías de la Dirección esperaba al Amo en las afueras del edificio, y le despejó un espacio en la plataforma más elevada. Su ida á las estaciones volantes era inesperada, pero esto no obstante, un considerable grupo reunióse y le siguió hasta su destino. Al ser transportado pudo oir que el pueblo aclamaba su nombre, y vió que innumerable gentío, hombres, mujeres y niños, todos con azules vestiduras, desembocaban por los vomitorios del camino central, gesticulando y gritando. No pudo entender lo que decían. De nuevo tuvo la impresión de la evidente existencia de un dialecto vulgar entre las clases pobres de la población. Cuando por fin descendió, los guardias fueron rodeados por un denso y excitado grupo. Después ocurriósele que algunos intentaron acercársele llevando memoriales en las manos. Los guardias despejaron el camino con alguna dificultad.

Encontró una aerópila al cuidado de un aeronauta, que le esperaba en la estación para ponerse á sus órdenes. Visto de cerca, el aparato no resultaba ya tan pequeño. Colocado en su grada sobre el terrado de la estación, su armazón de aluminio era tan grande como el casco de un *yacht* de treinta toneladas. Sus velas laterales, encuadradas en marcos de metal con nervios de lo mismo, casi semejantes á los nervios del ala de una abeja, y fabricadas con una suerte de membrana artificial, vítrea, proyectaban su sombra sobre muchos cientos de yardas cuadradas. Las sillas para el maquinista y su pasajero, estaban suspendidas y libres de balanceos mediante una complicada suspensión, dentro de las protectoras cuadernas del casco, y bien centradas á popa. La silla del pasajero estaba protegida por una mampara, y alrededor una alambrera forrada de almohadones neumáticos. Podía cerrarse por completo, pero Graham tenía ansia de nuevas experiencias, y dispuso que quedase abierta. El aeronauta se guarecía detrás de un cristal que le defendía el rostro. El pasajero podía asegurarse firmemente en su asiento, y esto era inevitatble cuando se tomaba tierra, ó moverse á lo largo, por medio de un pequeño carril y una palanca, hasta un cajón donde estaban colocados su equipaje, su abrigo y sus alimentos, y que, con los asientos, servía como un contrapeso á las partes centrales de la máquina.

Esta era sencilla en apariencia. Asano, señalándole las partes del aparato, le dijo que, semejante á la máquina de gas de la época victoriana, era de tipo explosivo, quemando una gotita de una substancia llamada «fornila» á cada golpe de pistón. Se componía sencillamente de depósito y pistón sobre el largo cigüeñal del propulsor. Todo esto fué lo que vió Graham de la máquina.

La estación volante estaba desierta, salvo la presencia de Asano y de los empleados. Dirigido por el aeronauta, ocupó su asiento. Después le dieron á beber un brevaje conteniendo ergotina, dosis, como supo, invariablemente administrada á aquellos que se iban á remontar y designada á contrarrestar los posibles efectos del aire enrarecido sobre el sistema. Hecho esto, declaró que estaba dispuesto para el viaje. Asano le tomó la copa vacía, se quedó entre las barras del casco, y saludó con la mano. Súbitamente pareció deslizarse á la derecha del terrado y desaparecer.

La máquina estaba aleteando, y durante un segundo, las estaciones y los edificios más distantes parecieron correr rápida y horizontalmente por delante de los ojos de Graham; después, aquellas casas parecieron inclinarse bruscamente. Instintivamente se asió á los brazos del asiento. Sintióse arrebatado hacia arriba, oyó silbar el aire en el extremo de la mampara. El tornillo propulsor giraba con poderosos impulsos rítmicos — uno, dos, tres, pausa; uno, dos, tres;—el maquinista los regulaba con mucha exactitud. La máquina comenzó una temblona vibración que duró toda la excursión, y los tejados huían rápidamente haciéndose cada vez más pequeños. Sus miradas fueron del rostro del ingeniero á las cuadernas de la máquina. Mirando á los lados nada se veía de alarmante; un tren funicular muy rápido producía la misma sensación. Reconoció la Casa del Consejo y otros edificios notables. Y luego miró hacia abajo, entre sus pies.

Por un momento un gran temor físico se apoderó de él, un sentimiento de inseguridad. Se agarró con más fuerza. Durante unos instantes no pudo levantar los ojos. A ciento ó más pies debajo de él, se veía uno de los semáforos más altos de Londres, y más allá, casi al Sur, los terrados de las estaciones presentando unas manchas blancas. Aquellas cosas parecían caer hacia el abismo. Por un segundo tuvo el impulso de precipitarse en su seguimiento. Apretó los dientes, desvió los ojos mediante un esfuerzo muscular, y pasó el momento de pánico.

Permaneció un buen rato con los dientes apretados, sus ojos clavados en el firmamento. *Trob*, *trob*, *trob*, pulsación; continuaba la máquina; *trob*, *trob*, *trob*, pulsación. Aferróse á los brazos con fuerza; miró al aeronauta y vió una sonrisa en su tostado semblante. Graham sonrió á su vez, quizás un poco afectadamente.

—Un poco extraño al principio—gritó antes de que hubiese recobrado su dignidad.

Pero no osó mirar hacia abajo durante un breve espa

cio de tiempo. Miró por encima de la cabeza del aeronauta, al firmamento. Durante un intervalo no pudo apartar el pensamiento de posibles accidentes. *Trob, trob, trob*, pulsación. Por ejemplo, que un trivial tornillo se rompiese en la máquina de fuerza ascensional! ¡Por ejemplo...!—Hizo un poderoso esfuerzo para rechazar por entero semejantes suposiciones. Pasado un rato, abandonaron, cuando menos, el campo de sus pensamientos. Y subía rectamente cada vez más alto, en la clara atmósfera.

Una vez pasada la primera impresión de la rápida ascensión, sus sensaciones cesaron de ser desagradables, convirtiéndose en placenteras. Le habían hablado del mareo. Pero notó que el vibrante movimiento de la aeropila cortando una débil brisa del sudoeste, era bastante menor que el de una embarcación impulsada por un viento recio, y además él nunca se había mareado en el mar. Y la ligereza del aire, más rarificado á medida que subían, producía una sensación de alegría y buen humor. Miró hacia arriba y vió que corrían cirrus por el cielo azul, Sus ojos se dirigieron precavidamente hacia abajo, á través de las barras y cuadernas, á una brillante bandada de aves que se cernía en la parte más baja del espacio. Las estuvo contemplando un rato. Después, mirando más abajo, con menos aprensión vió la airosa silueta de la aguja de la Dirección de Semáforos, en el Nido del Cuervo, resplandeciendo como el oro á los rayos del sol, y disminuyendo de tamaño á cada instante. Como observase ya con mayor confianza, ofrecióse á su vista una línea azulada de colinas, y después Londres á sotavento; un intrincado espacio de tejados. El límite más cercano apareció claro y recortado, y la sorpresa disipó sus últimas impresiones. Pues el lindero de Londres era semejante á una pared, á un acantilado, de unos tres ó cuatro cientos pies de altura, una fachada, tan sólo interrumpida por terrazas aquí y allá, y un frontispicio de compleja decoración.

Aquel gradual paso de la ciudad á la campiña á través de una serie siempre creciente de suburbios, que era una forma tan característica de las grandes capitales en el

siglo XIX no existía ya. Nada quedaba ya sino una dispersión de ruinas, salpicada con las señales de la heterogénea vegetación que adornó un día los jardines de las quintas esparcidas entre llanos de tierra obscura y fajas de verdura. Esta aun mediaba entre los vestigios de las casas.

Aquí y acullá suntuosos palacios de recreo se levantaban entre los débiles restos de la época victoriana, y caminos de cable los ponían en comunicación con la ciudad. Aquel día de invierno parecían desiertos. Desiertos también los artificiales jardines entre las ruinas. Los límites de la ciudad estaban definidos como en los antiguos tiempos, cuando las puertas se cerraban al toque de queda, y las gentes de mal vivir salían escalando las murallas. Así, la primera perspectiva del mundo, más allá de la ciudad, se presentó á los ojos de Graham para desvanecerse. Y cuando, por último, pudo mirar verticalmente debajo de sí, vió los terrenos laborables de las márgenes del Támesis;—innumerables espacios diminutos de un rojo obscuro, seccionados por brillantes cintas, que eran los canales de riego.

Su alegría fué aumentando rápidamente, hasta ser una especie de embriaguez. Se encontró respirando grandes bocanadas de aire, riendo á carcajadas, deseando dar gritos. Después este deseo fué demasiado fuerte y gritó.

La máquina había llegado á la altura establecida, y ahora volvía la proa hacia el sur. El gobierno, según observó Graham, se efectuaba abriendo ó cerrando una ó dos tiras de membrana en cualquiera de las dos alas y por el movimiento de toda la máquina hacia adelante ó hacia atrás á lo largo de sus soportes. El aeronauta puso la máquina deslizando lentamente hacia adelante su carril y abrió la válvula del ala de sotavento hasta que la proa del aeropila estuvo horizontal y en dirección al sur. Y en aquella dirección caminaron con una ligera tendencia á sotavento, y con una lenta alternativa de movimientos, primero una corta y aguda ascensión, y luego una larga trayectoria descendiente, muy rápida y agradable. Durante esta trayectoria el propulsor quedaba enteramente inmóvil. Aquellas subidas dejaban en Graham

una gloriosa sensación de esfuerzo vencido; los descensos á través del aire enrarecido iban más allá de toda experiencia. Deseaba no volver á dejar la capa superior de la atmósfera.

Durante algún tiempo estuvo contemplando los menudos detalles de la campiña que corría bajo sus pies, hacia el norte. Estos menudos y claros detalles le complacían extraordinariamente. Estaba impresionado por la vista de aquellas ruinas, aquellas casas que habían sido un día ornato de la campiña; por el espectáculo de aquella extensión sin árboles, de donde habían desaparecido granjas y aldeas, no quedando más que informes ruinas. Sabía que todo esto era así, pero el verlo le causó una impresión muy diferente. Trató de reconocer los lugares que él había conocido en la cóncava comarca que tenía debajo, pero al principio no pudo distinguir puntos de referencia, ahora que el valle del Támesis iba quedando detrás. Pronto, sin embargo, se encontraron sobre un prominente margal en el que reconoció el Guildford Hog's Back por el contorno del collado en su extremo este, y por las ruinas de la población que se levantaba escalonada á ambos lados de este collado. Y esto le sirvió de punto de referencia para conocer otros, Leith Hill, las arenosas soledades de Aldershot, y así sucesivamente. Las laderas escarpadas del Down estaban salpicadas de gigantescos molinos de viento, entre los cuales, el mayor del interior de la ciudad no era sino un pigmeo. Se movían magestuosamente ante la brisa del sudoeste.

Y aquí y acullá se veían manchas donde pastaban los ganados del British Yood Trust y aquí y acullá un pastor aparecía como un punto negro. Después, precipitándose bajo la proa de la aeropila, aparecieron los Wealden Heights, la línea de Hindhead, Pitch Hill y Leith Hill, con un segundo grupo de molinos de viento que parecían querer privar al terreno inferior de su parte de aire. La púrpura del brezo se confundía con el amarillo de la retama, y más lejos, en uno de los lados, una manada de toros negros trotaba delante de dos hombres montados á caballo. Rápidamente todo esto fué quedándose detrás, obscureciéndose y perdiendo color, llegando apenas á aparecer como objetos movibles engullidos por la bruma.

Y cuando se hubieron desvanecido en la distancia, Graham oyó el canto de una alondra casi á su lado. Notó que estaba en aquel momento sobre los South Downs, y mirando sobre su hombro vió los muros de Portsmouth Landing Stage coronando las márgenes de Portsdown Hill. Un momento después se ofrecía á la vista una extensión llena de embarcaciones semejantes á flotantes ciudades, la costa blanquecina del Needles alumbrada por los rayos del sol y las pardas y centelleantes aguas del mar. Parecían saltar el Solent en un instante y pocos momentos después la isla de Wight huía detrás de ellos, y luego una extensión de mar cada vez más grande, aquí purpurina por la sombra de una nube, allá gris, acullá bruñida como un espejo, y más lejos, la isla de Wight iba haciéndose cada vez más pequeña. Algunos minutos más y una faja de bruma gris se destacó de otras fajas, que eran nubes, descendió del firmamento y se convirtió en una línea visible, soleada y placentera: la costa del norte de Francia. Alzóse, adquirió color, llegó á ser definitiva y detallada, en tanto que la parte campestre del Dowland de Inglaterra se alejaba rápidamente.

En un corto intervalo, París apareció en el horizonte y permaneció allí durante unos momentos, desapareciendo luego otra vez al virar la aeropila para emprender de nuevo la dirección norte. Pero entrevió la torre Eiffel, que aún se mantenía en pié, y detrás una enorme cúpula rematada por un resplandeciente coloso. Y entrevió también, aunque no supo entonces de que se trataba, un inclinado penacho de humo. El aeronauta dijo algo acerca de «desórdenes en los caminos inferiores,» pero Graham no prestó gran atención á sus palabras. Distinguió minaretes, torres y esbeltas masas que descollaban en el cielo, y conoció que en materia de gracia, cuando menos, París se conservaba todavía frente á su poderosa rival. Y hasta parecióle ver una forma de un color azul pálido elevarse rápidamente del centro de la ciudad como una hoja seca arrastrada por un torbellino. Describió un círculo y se

precipitó hacia ellos, haciéndose cada vez más grande. El aeronauta estaba diciendo algo.

—¿Qué?—preguntó Graham sin apartar los ojos de aquel objeto.

—Un aeroplano, señor—gritó el aeronauta señalándolo.

El aparato se levantó más y se inclinó al norte cuando estuvo más próximo. Y cada momento se acercaba más, creciendo rápidamente. El *trob*, *trob*, *trob*, pausado del vuelo de la aeropila, que le había parecido tan potente y rápido, apareció súbitamente lento en comparación con aquella tremenda velocidad. ¡Cuán grande parecía el monstruo!, ¡cuán rápido y firme! Pasó muy cerca de ellos, navegando á lo largo silenciosamente, una vasta extensión de alas traslucientes con armazón metálico, una cosa viva. Graham entrevió momentáneamente grupos de abigarrados pasajeros, pendientes en sus pequeños asientos detrás de pantallas, un maquinista vestido de blanco, arrastrándose contra el viento á lo largo de una pasarela, muchas máquinas palpitando juntas á impulso de la velocidad de la hélice y de las inmensas alas. Se exaltó á esta vista, y un momento después la cosa había pasado.

Cayó y fué reduciéndose. Apenas si se habían movido, al parecer, cuando la máquina ya era de nuevo en el horizonte un punto azul movible en el cielo. Era el aeroplano que hacía el trayecto entre París y Londres. Con buen tiempo y viento moderado, hacía al día cuatro viajes de ida y otros tantos de vuelta.

La aeropila siguió á través del Canal, lentamente, como ahora parecía por las ideas más extendidas de Graham, y Beachy Head se levantó con un tono gris á la izquierda.

—A tierra—dijo el aeronauta, con voz apenas perceptible por la violencia del viento contra la pantalla.

—Todavía no—gritó Graham riendo.—Todavía no; deseo saber algo más de estas máquinas.

—Quiero decir...—empezó el aeronauta.

—Deseo conocer algo más de estas máquinas—repitió Graham.

—Voy ahí—dejo saltando de su asiento, y dió un paso

á lo largo de la barandilla. Se detuvo un momento, y su color cambió y sus manos temblaron. Dió otro paso y estuvo asido junto al aeronauta. Sintió un peso en sus hombros, la presión del aire. El viento llegaba á ráfagas violentas echándole los cabellos sobre los ojos. El ingeniero hizo algunas precipitadas maniobras para el cambio de los centros de gravedad y presión.

—Deseo que me explique usted estas cosas—dijo Graham.—¿Qué hace usted para moverse hacia adelante?

El ingeniero vaciló. Después contestó:

—Esto es complicado, señor.

—No me importa—gritó Graham,—no me importa.

Hubo un momento de pausa.

—La aerostación es un secreto... un privilegio...

—Ya lo sé. Pero yo soy el Amo y quiero saberlo.

Se rió, lleno de esta nueva manifestación de su poder, que era su don en la parte más elevada de la atmósfera.

La aeropila fué virando, y el fresco viento que azotó el rostro de Graham delataba que la proa iba poniéndose al oeste. Los dos hombres se miraron.

—Señor, hay reglas...

—No en nada que se relacione conmigo—dijo Graham.—Creo que usted se olvida...

El aeronauta escudriñó su rostro.

—No—dijo,—no me olvido, señor. Pero en toda la tierra, ningún hombre que no sea un aeronauta juramentado... tiene la menor probabilidad de... vienen como pasajeros.

—Algo de eso he oído. Pero no he de discutir esos puntos. ¿Sabe usted por qué he dormido doscientos años? Para volar.

—Señor—dijo el aeronauta,—las reglas... Si yo quebranto las reglas... Si quiere usted fijarse en lo que yo hago...

—No—dijo Graham tambaleándose y asiéndose con más firmeza al levantar la máquina la proa para una ascensión.—No es eso lo que me atrae. Quiero maniobrar yo. ¡Hacerlo yo aun cuando me estrelle! ¡No! Quiero. Voy á encaramarme aquí y á compartir su asiento... Firme. Quiero volar á mi placer aun cuando acabe estrellán-

dome. Quiero alguna recompensa por mi largo sueño. De todas las cosas del mundo... En mi pasado todo mi sueño era volar. Ahora... Conserve usted el equilibrio.

—¡Me vigilan una docena de espías, señor!

Graham perdió la paciencia. Echó media docena de ternos, y se precipitó hacia las palancas de direción, haciendo tambalear la aeropila.

—¡Soy yo el Amo del mundo—exclamó,—ó lo es esa Sociedad de Aerostación! Aparte las manos de las palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿cómo hacemos para que incline la proa hacia tierra para deslizarnos?

—Señor—dijo el aeronauta.

—¿Qué ocurre?

—¡Me protejerá usted?

—¡Dios mío! Sí... así tuviera que pegarle fuego á Londres. ¡Ea!

Y con esta promesa Graham tomó su primera leción de navegación aérea.

—Esta jornada de hoy le proporciona á usted indiscutibles ventajas—dijo riendo á carcajadas, pues el aire era como un vino fuerte;—de modo que debe usted procurar enseñarme pronto y bien. ¿Tiro de él? ¡Ah! ¡Así! ¡Diantre!

—¡Atrás... señor, atrás!

—Atrás... muy bien. Uno... dos... tres... ¡Gran Dios! ¡Oh!, ¡sube! ¡Pero esto es una cosa viva!

Y la máquina comenzó á describir las figuras más extrañas en el aire; tan pronto giraba en una espiral de escasas cien yardas de diámetro, como surcaba el aire ó caía rectamente, rápidamente como un gavilán, para recobrar de nuevo la estabilidad y remontarse describiendo círculos. En uno de aquellos descensos á lo largo la aeropila pareció precipitarse hacia el parque de globos cautivos, instalados al sur de la ciudad, y merced á una diestra maniobra pudo evitarlos. La extraordinaria viveza y dulzura del movimiento, y el extraordinario efecto del aire enrarecido sobre su organismo, habían puesto á Graham como ébrio.

Pero por fin, un singular incidente vino á calmarlo, y

á enviarle de nuevo á la vida cotidiana con todos sus negros é insolubles enigmas. Cuando había hecho dar á la máquina una embestida, oyó un golpe y algo pasó volando, y sintió la sensación de una gota de lluvia en su rostro. Después, continuando el descenso, vió algo que se parecía á un trapo blanco, que caía voltejeando.

—¿Qué era eso?—preguntó.—No me he fijado.

El aeronauta miró, y luego se inclinó sobre la palanca para detenerse, pues continuaba descendiendo. Cuando la aeropila se remontaba de nuevo, exhaló un suspiro de alivio y contestó:

—Aquello—y señaló el blanco objeto que todavía estaba cayendo,—es un cisne.

—No le he visto—dijo Graham.

El aeronauta no contestó, y Graham vió algunas gotas de sudor en su frente.

Surcaron horizontalmente mientras Graham se encaramaba al asiento de pasajero. Y entonces comenzó un rápido descenso, con la hélice girando para amortiguar la caída, y las estaciones volantes adquiriendo mayor tamaño de momento en momento. El sol, ocultándose detrás de las colinas margosas, al oeste, descendía con ellos, dejando en el firmamento una bruma dorada.

Bien pronto los hombres fueron visibles como diminutas figuras. Graham oyó un gran ruido que parecía salir á su encuentro, un ruido semejante al de la resaca sobre un lecho de guijarros, y vió que los tejados estaban llenos de gente que le aplaudía por su feliz arribo. Una negra masa estaba apiñada en torno de las estaciones, una oscuridad salpicada de innumerables rostros, y agitándose con la imperceptible oscilación de pañuelos y manos que saludaban.

CAPITULO XVII

TRES DÍAS

En una dependencia, situada en la parte baja de la estación, Lincoln esperaba á los expedicionarios. No ocul-

taba su curiosidad por conocer los incidentes del viaje, y quedó muy complacido al oir hablar á Graham del gozo y del interés que experimentaba al oir hablar de la navegación aérea. Estaba verdaderamente entusiasmado.

—Quiero aprender á volar—decía;—quiero dominar ese mágico deporte. ¡Cuán dignas de compasión son esas pobres gentes que murieron sin saber lo que eso significaba! ¡Delicioso deporte! Es la cosa más maravillosa del mundo.

—¿Encuentra usted maravilloso nuestro mundo?—preguntó Lincoln..—No sé lo que ahora puede desear, pero tenemos una música que quizás le parezca completamente nueva.

—Por ahora—dijo Graham,—lo que más me domina es el deseo de volar. El aeronauta me ha dicho que hay ciertos inconvenientes para el aprendizaje, porque creo que los individuos del gremio han de ser juramentados.

—Es verdad—dijo Lincoln,—pero tratándose de usted no creo que haya dificultades serias; si realmente siente usted deseos de dedicarse á ese ejercicio, mañana mismo se le puede tomar juramento.

Graham dijo que no deseaba otra cosa, y habló con entusiasmo de sus últimas impresiones.

—¿Y de negocios, qué hay?,—preguntó bruscamente. —¿Cómo van los asuntos?

—De eso le informará Ostrog mañana—contestó Lincoln, haciéndose el desentendido.—Todo se va arreglando; la revolución se impone para todo el mundo. Verdad es que se presentan algunos rozamientos, pero su gobierno se afirmará sólidamente. Puede usted descansar tranquilo en la previsión de Ostrog.

—Diga usted, ¿sería posible tomarme juramento de aeronauta inmediatamente, antes de irme á dormir?—preguntó Graham.—Porque si pudiese ser, mañana temprano me dedicaría ya á eso.

—Creo que sí es posible—respondió Lincoln pensativo.—Seguramente podrá ser... Yo venía preparado—añadió sonriendo maliciosamente,—para buscarle todo género de distracciones, pero ya veo que ha encontrado una por su propia cuenta. Desde aquí mismo avisaré por teléfono á las oficinas de aeronáutica, y después nos iremos á ver sus habitaciones de la sección de Semáforos. Después de terminada la comida, ya le esperarán los aeronautas; ¿pero no cree usted que para ayudar á hacer la digestión sería preferible otro género de distracciones?

—¿Cuáles?

—Tenemos unas bailarinas que proceden del teatro de Capri...

—Me fastidia el baile—contestó Graham secamente. —Siempre he sido de la misma opinión en esto. No son esas las distracciones que deseo. En mis tiempos ya había bailarinas y mucho antes también; ¡hasta en Egipto! Eso ya comprenderá usted que no constituye niuguna novedad; ¡pero volar!...

—Verdad es... ¡Pero nuestras bailarinas!...

—Pueden esperar; no me entusiasman. En cambio, quisiera instruirme en los progresos de la mecánica moderna. Prefiero desde luego la compañía de algunos doctos ingenieros. No quiero distracciones inútiles.

—Tiene usted el mundo entero para escoger, señor; el mundo entero es suyo.

Al llegar á este punto, se presentó Asano y bajo la salvaguardia de una fuerte escolta volvieron todos á atravesar las calles de la ciudad en dirección á las oficinas de Semáforos.

Multitudes mucho mayores que las que congregó su partida se habían reunido á presenciar la vuelta; las aclamaciones y gritos del pueblo ahogaban á veces las respuestas de Lincoln á las interminables preguntas que le sugería á Graham su viaje aéreo. Al principio éste correspondió á las aclamaciones con saludos y gestos afectuosos; pero Lincoln le advirtió que semejante conducta podría parecer incorrecta. Graham, que estaba también cansado de ceremonias, acabó por no hacer caso.

Tan pronto como llegaron á sus habitaciones, partió Asano en busca de representaciones kinematográficas; y Lincoln despachó las órdenes de Graham pidiendo modelos de máquinas grandes y pequeñas de todas clases para ilustrar al amo en los adelantos de los últimos siglos, que tanto ansiaba conocer.

No tardaron en llegar los objetos pedidos. En las experiencias que se hicieron con los pequeños modelos de aparatos de comunicación telegráfica, encontró Graham tal atractivo, que su comida, deliciosamente preparada y servida con suma delicadeza por jóvenes encantadoras, hubo de esperar un buen rato.

La costumbre de fumar había desaparecido casi por completo de la faz de la tierra; pero cuando Graham manifestó su deseo, después de muchas gestiones, pudieron encontrarse excelentes cigarros de la Florida, que le fueron enviados por medio de un despacho pneumático mientras comía.

Después se presentaron los aeronautas; ante los cuales tuvo lugar la ceremonia del juramento, y un habilísimo ingeniero dió á continuación un espectáculo de ingeniosas maravillas; la exactitud y destreza de las máquinas de calcular, de construir, de hilar, los motores explosivos, elevadores de grano y agua, los aparatos de matadero y máquinas de segar, cautivaron la atención de Graham con una fascinación más poderosa de la que hubiera podido ejercer sobre él la bayadera más hermosa.

—Eramos salvajes—repetía á menudo,—¡completamente salvajes! ¡Estábamos en la edad de piedra comparada con esta! ¿Qué más podéis enseñarme? Porque no me canso de admirar vuestros prodigios.

Más tarde comparecieron algunos psicólogos experimentados é hicieron interesantes experiencias que evidenciaban los progresos del arte del hipnotismo. Los nombres de Milese, Bramwell, Fiechner, Liebauld, William James, Myers y Gurney, gozaban de tanta reputación que sus contemporáneos hubieran quedado atónitos. Varias aplicaciones prácticas de psicología eran ya de uso corriente; habían sustituído con ventaja á las drogas, antisépticos, anestésicos en medicina, y se empleaban por todos los que tenían necesidad de entregarse á trabajos que requerían una gran concentración mental. En este sentido parecía haberse alcanzado un aumento real de las facultades humanas. Los prodigios de los niños calculistas, las maravillas de los mesmerizadores, que Graham había siempre juzgado como cosa de magia y brujería,

estaban al alcance de todo el que podía procurarse los servicios de un buen hipnotizador.

Hacía tiempo que se habían suprimido los antiguos métodos de enseñanza; en lugar de consagrarse á un estudio penoso durante largos años, los que querían aprender algo se sometían por algunas semanas á la influencia hipnótica, y durante ella se les grababan las lecciones de un modo indeleble, reteniéndolas después continuamente. De hecho, todas las operaciones sometidas á reglas fijas, es decir, de especie casi matemática, estaban á cubierto de los desvaríos de la imaginación y de la impresionabilidad psíquica y alcanzaban un grado de exactitud nunca visto. Los niños de las clases trabajadoras, tan pronto como llegaban á la edad de ser hipnotizados, se convertían por este medio en una especie de máquinas vivientes, útiles desde luego para dirigir el trabajo de los talleres, sin necesidad de someterse al largo y fatigoso aprendizaje que consumía estérilmente una parte de la juventud de todo hombre en los tiempos victorianos. Los alumnos de aeronáutica que tenían propensión al vértigo, se curaban así de sus terrores imaginarios. En todas las calles había hipnotistas dispuestos á imprimir recuerdos permanentes en la memoria. Si alguien deseaba recordar un nombre, una serie de números, un canto, un discurso, podía hacerlo por este método; á la inversa, podían borrarse recuerdos penosos, abandonarse viciosos hábitos, desarraigarse deseos irrealizables. Estaba, pues, en uso una especie de cirugía psíquica que depuraba las almas arrancándoles todo gérmen de pesar y sufrimiento. El recuerdo de las indignidades cometidas en un instante de pasión y las humillaciones padecidas, se borraban enteramente; viudas enamoradas mataban el recuerdo de su primer esposo; amantes despechados se libertaban de su esclavitud amorosa... No obstante, aun era imposible injertar deseos, y los hechos relativos á la transmisión del pensamiento aún no habían llegado á sistematizarse.

Los psicólogos hicieron, por vía de ilustración á sus discursos, asombrosas experiencias de anemónica en un grupo de niños pálidos vestidos de azul. Graham, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no tenía

mucha confianza en el hipnotismo; de otro modo, hubiera podido descargar su ánimo de dolorosas preocupaciones; pero á pesar de que Lincoln le invitaba á experimentar en sí mismo tan saludables efectos, se atuvo á la vieja teoría de que ser hipnotizado equivalía en cierto modo á la renuncia de la personalidad, á la abdicación de la voluntad propia, y él ponía todo su empeño en permanecer absolutamente dueño de sí mismo.

Los tres días siguientes transcurrieron en la recapitulación de los adelantos humanos. Durante todo este tiempo Graham se entregó á las delicias de la navegación aérea. El tercer día atravesó toda Francia y llegó á la vista de los Alpes, cubiertos de nieve. Tan vigorosos ejercicios le producían un sueño tranquilo y reparador, y por momentos desaparecía de su rostro el estigma anémico con que le había seguido el larguísimo letargo en que permaneció durante siglos inerte y cadavérico.

Cuando no estaba en el aire, Lincoln se mostraba infatigable en procurarle diversiones. Le dieron cuanto de nuevo y curioso ofrecía la fecunda invención contemporánea, hasta que al fin, su apetito de novedades quedó casi saciado. Podrían llenarse algunos volúmenes con la descripción de las cosas extraordinarias que le exhibieron.

Todas las tardes dedicaba una hora ó poco más á recibir visitas, y gracias al trato íntimo y diario iba poco á poco compenetrándose con las costumbres contemporáneas y desechando rancias preocupaciones.

Al principio, la afectación en el vestir y el desacuerdo de las tendencias generales con sus rancios principios aristocráticos y de nobleza, hubieron de inspirarle invencible repugnancia; pero observó, no sin alguna extrañeza, que su primera hostilidad contra los nuevos usos y costumbres se desvanecía y comenzaba á apreciar desde otro punto de vista su situación personal, los nuevos aspectos sociales y las tradiciones del pasado.

Tomó gran afición á la rubia hija del administrador de los Mercados europeos, y conoció también á una joven bailarina en quien descubrió á una artista maravillosa.

Al tercer día, Lincoln se decidió á insinuarle que se trasladase á una ciudad de placer, pero Graham se negó.

El lazo de la localidad le retenía en Londres; encontraba un extraño placer en reconocer, á través de las modificaciones impresas por los años, los lugares en que se habían deslizado, ya tranquilas, ya agitadas, las inolvidables horas de su vida anterior, y este goce no hubiera podido hallarle en el extranjero.

En aquellos tres días estuvo tan absorto en sus distracciones, que no fijó su atención ni un sólo momento en el movimiento político. Diariamente acudía Ostrog, su gran visir, su mayordomo mayor, á comunicarle en vagos términos el estado de los negocios públicos y á darle seguridades de la estabilidad de su gobierno, á pesar de los pequeños disturbios y de las ligeras perturbaciones que surgían de cuando en cuando y que promovían algunos descontentos. El himno revolucionario no volvió á conturbar con sus ecos á las almas pacíficas de la ciudad.

Entonces, no obstante su interés por la hija del administrador de los Mercados, Graham pensaba con frecuencia en la joven Elena Wottou, que le había hablado de modo tan singular en la reunión del director de las alturas. Aquella joven había producido en él una impresión profunda y perduraba en medio de la tensión de ánimo en que le tenían sus investigaciones científicas, que le llevaban continuamente de sorpresa en sorpresa. Aquietada su ansia de conocer los novísimos procedimientos industriales, el recuerdo de Elena volvió casi á ocupar por completo su espíritu. Cavilaba sobre lo que habría querido decirle con aquellas frases entrecortadas, medio olvidadas ya, y la imagen de sus ojos seductores y la expresión animada de su rostro se le representaba más vivamente á medida que decaía su interés por las novedades mecánicas. La belleza sujestiva de aquella mujer enigmática era un nuevo incentivo á su curiosidad, y recreándose en el recuerdo de sus gracias, iba sintiendo que la simpatía que en él habían despertado podía ser el germen de una pasión más tierna.

Pero transcurrieron tres días completos sin que la volviera á ver.